

UNA DÉCADA EN LA VIDA

¿Cuánto entra en diez años? ¿Se puede pensar la experiencia del tiempo personal en un lapso preciso y delimitable de una década? En este texto, el autor da vueltas alrededor de esa pregunta y vuelve a algunas películas y libros para entender cómo la ficción y el arte ensayaron su propia aproximación a este problema.

Mauro Libertella

Nació en 1983 en Ciudad de México. Creció y vive en Buenos Aires. Publicó las novelas *Mi libro enterrado*, *El invierno con mi generación*, *Un reino demasiado breve*, *Un futuro anterior* y los libros de ensayo *Un hombre entre paréntesis*, *Retrato de Mario Levrero*, *Ricardo Piglia a la intemperie* y *Canción llevame lejos*.

Siempre me gustó una frase de una canción de Andrés Calamaro, de su época con Los Rodríguez, la banda que formó a principios de los 90 en España con Ariel Rot. El tema en cuestión se llama “10 años después” y empieza así: “Si diez años después te vuelvo a encontrar en algún lugar, no te olvides que soy distinto de aquel pero casi igual”. Me acuerdo que ese tema sonó a modo de despedida en la última de las muchas, de las demasiadas fiestas de mi viaje de egresados, Bariloche, agosto del año 2000. Treinta adolescentes ojerosos, en círculo alrededor de un coordinador que subió el volumen de esa canción para que nos emocionáramos y sí, tuvo el efecto buscado, llantos y abrazos algo torpes entre los hombres y abrazos más decididos entre las mujeres. Y me acuerdo muy bien que en ese momento pensé: “en diez años voy a seguir siendo el mismo, quiero seguir siendo el mismo”. Era bastante joven y todavía no me imaginaba todo lo que entra en una década.



HACE UNA
DÉCADA
A ESA
CONSTELACIÓN
NO LA VEÍA.



Veamos, por ejemplo, el caso de John Lennon. Ok: hay algo tramposo en tomar el caso de una estrella de pop internacional, un ícono absoluto del siglo XX, para probar una teoría doméstica, pero de Lennon siempre me llamó la atención cómo su vida se estructuró, por azar, alrededor de números perfectamente redondos. Todos dividimos nuestras vidas en etapas, en ciclos, en períodos fijos. Algunos pensamos la vida en mundiales de fútbol; otros, en matrimonios y divorcios; otros, en lugares donde trabajaron o en las casas a las que se mudaron. La de Lennon es una vida en décadas. Hasta los diez años es la vida con su madre, la primera infancia, una cierta estabilidad emocional. De los diez a los veinte, la orfandad, el descubrimiento de una vocación, los años de formación en el sentido fuerte del término. Con veinte años arma los Beatles, con treinta años deja la banda. A los cuarenta lo matan en Nueva York. ¿No es increíble?



Todos hacemos memoria y eventualmente repasamos el camino que nos fue llevando hacia lo que somos hoy. Algunos se entregan a esa práctica con mayor intensidad, otros de manera más esporádica.

Pero para el resto de los mortales, en diez años también cabe un mundo. La escritora norteamericana May Sarton le dedicó un diario personal a las últimas tres décadas de su vida y los publicó en vida.

El diario de cumplir sesenta, el de cumplir setenta, el de los ochenta y allí, cuando infería que el tiempo ya se angostaba, pasó a publicar un libro por año: 81, 82, 83. Murió a esa edad. El diario íntimo, el diario de escritor, es un género perfecto para registrar el paso del tiempo, que es por definición lo más intangible, lo que se escurre entre los dedos. Muchos escritores empiezan a escribir un diario precisamente para capturar lo efímero, lo intrascendente, lo que se desvanece. Hay diarios más conceptuales, otros con una inclinación a lo confesional, otros muy materiales (como el de Sarmiento, que con-signa gastos e ingresos económicos), pero todos tienen una pulsión secreta, que es la de dejar constancia de lo que se va.

Los diarios por décadas de May Sarton son interesantes porque se proyectan hacia atrás y hacia adelante. Veamos, por ejemplo, *Diario a los setenta*. La primera entrada está fechada el 3 de mayo de 1982, el día que cumple los 70 años que le dan título al libro. Vive sola en una casa de Maine, Estados Unidos, frente al mar (ahí también vive Stephen King, como dato curioso). Cultiva la soledad y la huerta, escribe muchas cartas (siempre tiene cartas pendientes de contestar), rememora, busca el equilibrio entre los achaques del cuerpo y las ganas de seguir haciendo cosas físicas. Pero decíamos que el diario mira hacia atrás: siempre hay un espejo retrovisor en la persona que lleva décadas escribiendo un diario. Las páginas de *Diario a los setenta* dependen de la existencia de los diarios anteriores, y al mismo tiempo se proyectan hacia adelante porque en el registro de un diario no hay punto final.

No es como una novela, o como un libro de ensayos. Un diario no se termina, o solo se termina con la muerte. Cesar Pavese y Virginia Woolf escribieron una entrada a sus famosos diarios y luego se suicidaron. Según escribió Alan Pauls, “siempre que se encuentra un diario íntimo hay, junto a sus páginas, muchas veces manchándolas, un cadáver”. El diario registra el flujo del tiempo, su corriente, y sólo se interrumpe cuando ese cauce se seca.

Y hablando de las décadas de la vida, otra aproximación interesante a esa experiencia biológica es la de la trilogía cinematográfica de Richard Linklater: *Antes del amanecer*, *Antes del atardecer* y *Antes del anochecer*. Las tres películas están protagonizadas por la misma dupla, Julie Delpy e Ethan Hawke. En la primera, que se estrenó en 1995, ellos se conocen en un tren que llega a Viena de noche. Los dos tienen que hacer tiempo para, a la mañana siguiente, seguir a sus respectivos destinos. Van a pasar entonces una noche inolvidable conversando y caminando por las calles de la ciudad del psicoanálisis. Por supuesto, se van a enamorar, y por supuesto van a idealizar esa noche hasta puntos dramáticos. Diez años después se vuelven a ver. Y esto es lo que me interesa subrayar: Linklater filmó la segunda parte diez años después y los personajes tienen diez años más cuando se ven por segunda vez. Esta vez es en París, mito del amor romántico. Él escribió un libro inspirado en esa noche ya lejana en Viena y lo presenta en una librería de la ciudad donde ella vive.

Ella va a escucharlo y vuelven a caminar durante dos horas (lo mismo que dura la película) por las callecitas estrechas de la capital francesa. Asistimos, así, nosotros, los espectadores, a otro registro del paso del tiempo. Vemos en sus caras y en sus cuerpos cómo pasó una década y al mismo tiempo escuchamos la conversación en la que ellos van soltando jirones de lo que les ocurrió en ese tiempo: uno se casó, el otro no; los hijos, la muerte de los padres; en fin, eso que llamamos la vida. La trilogía se cierra con una caminata final, otros diez años después, esta vez en Grecia. En la primera película son jóvenes idealistas y puros, en la segunda son personas de mediana edad con los problemas de ese momento de la vida pero también con las ganas de detener un poco la locomotora del tiempo y revivir esa euforia juvenil, y en la última son una pareja experimentada, con un idioma en común, anclados en la adultez.

Todos hacemos memoria y eventualmente repasamos el camino que nos fue llevando hacia lo que somos hoy. Algunos se entregan a esa práctica con mayor intensidad, otros de manera más esporádica. Muchas veces me pregunté cuál fue la mejor década de mi vida, sobre todo ahora que llegué a lo que Dante llama “la mitad del camino de la vida”, los 40 años. Creo que la adolescencia es difícil para todos. Los

cambios en el cuerpo, las ganas de ya ser grande pero todavía la dependencia de los padres y los adultos, el momento de romper con la tradición familiar, los cambios de humor: no se lo recomiendo a nadie. La infancia es una década hermosa porque es el primer descubrimiento del mundo y sus experiencias, pero lo que nos acordamos de esos años fundacionales siempre es borroso y fragmentario, de modo que no es demasiado lo que se puede decir. La década de los 20 años es muy estimulante. Es el despegue y la primera autonomía, los amores alocados, la experimentación, irse a vivir solo, viajar si se puede viajar. Pero la década de los 30 años fue, en mi caso, la más determinante hasta ahora. A mis 30 años me fui a vivir con una mujer, a los 33 nació mi primera hija, a los 37 el segundo y a los 39 murió mi madre. Un arco biológico completo y concentrado en una década intensísima, donde pasé de ser hijo a ser padre de manera irreversible. ¿Y lo que se viene? Supongo que es mejor estar preparado pero no pensar obsesivamente en el futuro.

Vuelvo, finalmente, a esa escena inicial. Viaje de egresado, agosto de 2000. Un grupo de jóvenes con camperas enormes escuchan una canción de Andrés Calamaro.

“Si diez años después
te vuelvo a encontrar en algún lugar,
no te olvides que soy distinto
de aquel pero casi igual”.

Pasaron diez, pasaron veinte, van a pasar treinta de ese día. Si apareciera Richard Linklater con un documental sobre la vida de todos nosotros, quizás sabríamos si al final somos distintos que ayer, distintos que aquel, o si, mirados de cerca, muy de cerca, estamos igual. ■

